

Cuenca, piedra milenaria, bóveda de Castilla, cuna de guerreros y conquistadores, poetas y escritores, pintores y escultores, alfareros y forjadores del hierro, profunda y nazarena, remanso de paz...

En esta Cuenca —milagro de color—, llega la primavera, brota con inusitada fuerza la fe en su Semana Santa, declarada de Interés Turístico Internacional, en un impresionante escenario natural entre las "Hoces" del Júcar y Huécar —bellas sinfonías de chopos y sauces—, donde ha de desarrollarse el mayor auto sacramental del mundo: La Pasión.

Con el brote de la primavera Cuenca medita, se transforma y participa activamente del drama evangélico, merced a los antiguos gremios fundadores de sus cofradías y hermandades que han transmitido —de generación en generación— esa inmensa congoja que en la Pasión late en Cuenca, que contagia a sus gentes —auténtico acervo cristiano— en esta sobria Castilla...

En la Semana Mayor de Cuenca se palpa en el ambiente el fervor, la religiosidad, la piedad, el patetismo, la penitencia y el testimonio de fe de los conquenses, preocupados meses antes en "preparar" capuces, túnicas, escudos y estandartes; que acuden presurosos a subastar el "banzo" de "su Virgen", de "su Cristo", de "su Jesús" o de "su San Juan"; que no regatean esfuerzos económicos por "hacerse" con un banzo, cuya madera se clavará en sus enrojecidos y ensangrentados hombros; que producirá cansancio y dolor físico producto del esfuerzo, en aras de llevar su "paso"...

Desde el Viernes de Dolores en el que en los límpidos cielos de Cuenca se pronuncia el Pregón, ya es Pasión en Cuenca, que tomará rumbo en la luminosa mañana de ramos, pasando por el "Perdón" del Martes Santo. Por ese contraluz indescriptible en la noche blanca y silenciosa del Miércoles Santo... Por ese Jueves Santo de Amor; por ese suplicio en el Calvario conquense de las "turbas" en la fatídica madrugada del Viernes Santo, que desembarcará en la multicolor procesión de "Cristo en Agonía" con fondo de lamento fúnebre y misericordioso del "Miserere conquense", dedicado al Hijo Sangrante que va en la Cruz... para llegar —al caer la tarde—, en la que la Jerusalén conquense, con el corazón encogido, con la angustia y la aflicción en el

Textos inéditos de Rafa Pérez

«Las Turbas» y Semana Santa en Cuenca

Los textos hoy publicados por este periódico son auténticos documentos escritos por Rafael Pérez Rodríguez, muchos de ellos inéditos y que el malogrado conquense remitía con cierta periodicidad al DIA DE CUENCA, no para su publicación, sino para ser utilizados como orientación en esta Semana Grande conquense, tan clavada en su corazón, que

le llevó a ser el más desafortunado semanastero de cuantos hay y ha habido en Cuenca. «Las Turbas» y todo lo que rodea a este asombroso acontecimiento son analizadas en este escrito por la siempre diestra pluma de Rafa Pérez. Además publicamos una visión superficial del resto de la Semana Santa, de la que Rafa fue igualmente pregonero.



Rafael Pérez Rodríguez, en una de sus muchas intervenciones en público (Foto: archivo)

rostro y dentro del más impresionante silencio enterrará al Señor y acudirá a dar el pésame a la Madre de Las Angustias allá en su roquera Ermita..., desfile incesante de fieles hasta la llegada de la Resurrección, todo ello en un perfecto y cronológico orden en el desfile de imágenes...

Esto es —en esencia—, el sentir de la Semana Santa de Cuenca; de esta Cuenca en la que el paisaje y sus calles participan de la Pasión. De esta Cuenca Noble, escenario de las "Grandes Semanas de Música Religiosa"; Muy Leal, Heroica e Impertérrita ciudad, de museos y monumentos, donde es historia cualquier escudo, dintel, esquina o farol de sus calles y plazuelas... De esta Cuenca ganada a pulso por el amor de sus gentes a su tradición; de esta Cuenca que parte desde el "mar de su Ciudad Encantada" en un interminable desfile de chopos na-

zarenos —cordón umbilical— que la une con la Cuenca medieval.

Amigo: si a Cuenca llegaras, concentra tu atención y procura "penetrar" en ella como si fuera tu propia casa, porque el paisaje te fascinará; por que sus piedras te hablarán de mitos y leyendas; por que sus gentes te transportarán por ese laberinto mágico de serpenteantes y empinadas cuevas; porque aquí, al compás de la primera marcha fúnebre, a la luz de una tulipa que ilumina el "paso procesional", o el ritmo del tambor, la Pasión cobra una tercera dimensión. Así podrás comprender por qué Cuenca es única.

Viernes Santo

Viernes Santo en Cuenca. Año tras año y como consecuencia de una ancestral tradición, discurre por las calles de Cuenca la proce-

Los llamados "turbos" (que representan la multitud o pueblo gregario desorganizado, con el la Pasión), se acompañan con tambores cubiertos con tela de luto, haciendo sonar los mismos con un especial ritmo o cadencia, yendo delante de la primera imagen —como anuncio— con toques de tambor que incluso prolongan solo con los palillos ("palillá"), en tanto el "paso" descansa sobre las horquillas de los banceros.

Patético es el momento en el que, al avanzar la imagen del Nazareno "a la que mueve" —como se dice en Cuenca—, en estridentes y destemplados clarines se vuelven hacia Cristo y lanzan al aire —a modo de burla— el fatídico sonido, que escalofría en la madrugada la piel del conquense, del hermano cofrado, del espectador...

Pero para poderlo comprender es preciso venir a Cuenca y sacrificar el sueño en la mañana del Viernes Santo para vivir esta tremenda tragedia pasional, hay que acercarse a esa pequeña plazuela de El Salvador antes de las cinco y media de la mañana... A esa hora, apenas abierta la puerta de la Iglesia, los gritos, ritmo del tambor y clarines estremecen hasta las rocas de Cuenca, sobre todo al ver salir al Nazareno, encogido tras el madero. La turba, desde su comienzo, mientras asciende por las empinadas calles a la Plaza Mayor y hasta que termina esta inigualable procesión, no dejará al "Jesús de las Seis" un solo momento; no dejará de batir los palillos sobre el destemplado tambor, con fondo impresionante de clarines sin diapasión que parecen desgarrar el purísimo cielo azul de Cuenca hasta llegar al Calvario donde se producirá el holocausto.

Vieja y arraigada tradición conquense donde, como consecuencia de los avatares de la bafa producida por las turbas, sublima y estremece al foráneo en un escalofrío interior de angustia por la Pasión; por la tremenda injusticia del pueblo judío en la que, por encima de todo, resalta la figura del Nazareno, así como el resto de las imágenes en una procesión llena de plasticidad, de religiosidad de las gentes de Cuenca que, con su penitencial y fervorosa oración, contrarrestan con inusitada severidad y quietud, el inmenso griterío en la mañana de Pasión más fatídica de la historia.

Rafael PEREZ
RODRIGUEZ